

De 98 a 98. Vigencia del discurso iberista*

M^a. VICTORIA NAVAS SÁNCHEZ-ÉLEZ
Universidad Complutense de Madrid

Cuando se vive durante un cierto tiempo en Portugal, enseguida se nota que existe en el ambiente, en la sociedad portuguesa, una base sólida de anticastellanismo. Se empiezan a oír, entre otros, algunos refranes del tipo: *De Espanha nem bom vento nem bom casamento*; con relativa frecuencia se menciona la batalla de Aljubarrota y su heroica “panadera”; se le recomienda que no salga a la calle el 1 de Diciembre (fecha en que se conmemora el día de la Independencia de Portugal respecto a España), etc. Como consecuencia de todo ello se despierta en el visitante la curiosidad por saber qué habrá sucedido entre Portugal y España, a lo largo de los siglos, para merecer esa suerte de animadversión.

La celebración de la concesión en 1998 del Premio Nobel de Literatura a un escritor portugués, José Saramago, como si de un escritor español se tratase, me ha hecho traer a la memoria algunos otros momentos en que creadores españoles y portugueses se han sentido peninsulares intentando paliar la desconfianza y el miedo visceral entre los pueblos español y portugués. Aquí quedan, pues, unos retazos de lecturas recogidas sobre el iberismo peninsular.

1. EL IBERISMO

Pilar Vázquez Cuesta, en su trabajo sobre “O amor sen acougo de Oliveira Martins a España” (1992: 20), menciona los paralelismos que tienen lugar entre los hechos históricos portugueses y españoles. Ello no quiere decir —sigue la autora— que los acontecimientos se produzcan de forma simultánea, pero lo que parece seguro es que sucederán de la misma manera en el país vecino. Este comentario nos llevará de la mano al asunto que hoy tratamos: el iberismo.

Según la definición recogida en el *Dicionário* de Serrão (1968: II, 461-463) el iberismo es la “tendência a integrar Portugal num todo peninsular (...) [que] reveste-se essencialmente de um carácter político (...) [pero que] foi sempre um problema de le-

* Este texto fue leído, con mínimas diferencias, en el *Encuentro Interdepartamental en torno a la crisis de Fin de Siglo y el 98. Aspectos de la identidad europea*, celebrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, los días 10, 11, 14 y 15 de diciembre de 1998.

trados e políticos, isto é, de homens que ambicionaram fazer, dirigir ou explicar a história”.

Pero la delimitación del concepto de iberismo en la Península Ibérica se produjo en el siglo XIX, sobre todo por parte de los portugueses, a la luz de las invasiones francesas, del nacimiento del liberalismo, del socialismo, del federalismo, de la aparición de la burguesía y del nuevo concepto de Estado. Marco de Dios en la “Introducción” a su libro *Escritos de Unamuno sobre Portugal* (1985) resume brevemente las intenciones del movimiento iberista: la unión de los pueblos peninsulares bajo una sola corona, la portuguesa, con residencia oficial en Madrid, el federalismo y un entendimiento espiritual. Rocamora (1989: 30) compara el iberismo con los nacionalismos coetáneos como el alemán y el italiano pero admite su fracaso debido a la clara tendencia intelectual, urbana, de la propuesta, a su escasa profundización teórica y a su servidumbre a los intereses políticos particulares.

El iberismo, que tuvo su punto de partida en Portugal, unos años antes que en España, como movimiento, es la aspiración ideal de ciertos hombres a la unión política-administrativa del suelo peninsular ibérico. La idea no era nueva en el siglo XIX, pues desde las primeras monarquías medievales españolas y portuguesas el iberismo había sido una vaga ambición, aunque con un carácter diferente del que después mostró. La componente que adquiere el iberismo en el siglo XIX tiene que ver con una estructura ideológica de contenido histórico y político transcendental pero de carácter idealista y utópico. Visto así el iberismo en Portugal es un producto del liberalismo portugués del siglo XIX, fruto de la inquietud masónica de la época, masonería ésta que entra en contacto con la española y ambas van tejiendo sus lazos cada día más estrechos.

Un hecho histórico que va a ser fundamental para el iberismo peninsular es la proclamación, en 1873, de la Primera República. Es el momento de las grandes líneas de teorización del liberalismo tanto por parte portuguesa —Teófilo Braga, Antero de Quental— como por parte española —Valera, Ganivet, Maeztu o Maragall—. Pero como menciona López-Cordón (1975) hay que tener en cuenta que:

Al enfrentarnos con el iberismo, no sólo encontramos un iberismo monárquico y otro republicano, sino también un iberismo español y otro portugués que si a veces dialogan, otras se dan la espalda (173).

2. EL IBERISMO EN PORTUGAL

En lo que se refiere a Portugal el punto de arranque del iberismo, propiamente dicho, tuvo lugar en el siglo XIX en unos momentos en que la situación política y económica de Portugal era calamitosa (Oliveira Marques, 1986, 35), aunque el término, según Borges de Macedo (Mascarenhas, 1980, 8) apareció por primera vez en la *Revista Militar* española en abril de 1849. La idea como tal surge alrededor de 1850 de la mano de hombres progresistas como Herculano, Castilho y Almeida Garret, entre otros, tal vez porque pensaban que era posible la revolución social con el esfuerzo concertado de las gentes de las dos naciones. El elemento catalizador del iberismo nace, según recoge Eduardo Mayone Dias (1996: 775), del folleto *Iberia* publicado

por Sinibaldo de Más en 1850 y traducido al portugués un año más tarde por Latino Coelho. Dicho folleto, que tuvo escasas consecuencias políticas, sirvió para que el plan que presentaba fuese aceptado y repetido por los iberistas de los dos países. Sin embargo hay que volver a repetir que el iberismo fue siempre un movimiento sin el concurso de las mayorías y además contó con el rechazo de las minorías gobernantes. Estas últimas porque sabían que la idea iberista iba asociada a ambiciones republicanas que en su base contemplaban las reclamaciones del pueblo.

Vázquez Cuesta (1991: 619) en su artículo "A fantasma do iberismo no Portugal do século XIX", da cuenta de la frecuencia con que aparecen en el siglo pasado y principios de este las referencias a "iberismo," "ibérico", "iberista", así como de las diferentes acepciones de la denominación. Existe, según la citada profesora, un iberismo monárquico de tipo unionista o dualista y un iberismo republicano de cuño federalista, que a su vez puede proponer una sencilla federación entre España y Portugal, o una federación de todas las nacionalidades de la península. La primera vía es la ya conocida política de matrimonios entre las dinastías reinantes de ambos países, la segunda tenía como referente al grupo de liberales republicanos portugueses, sobre todo en su juventud.

De todas formas hay que distinguir entre el iberismo portugués y el iberismo español. Para un portugués ser iberista constituye un verdadero problema de conciencia, porque siente el peligro de perder su propia identidad y de ser acusado de traidor por sus compatriotas: el iberismo, en fin, es el arma arrojada que se lanza contra los adversarios políticos. Mientras que para un español ser o no ser iberista no pasa de ser un problema intelectual.

El Ultimatum que envía Inglaterra a Portugal en 1890 para que abandone inmediatamente las tierras entre Angola y Mozambique (Vázquez Cuesta, 1975) es una gran ofensa al pueblo portugués y representa, como ya se ha dicho, un momento de gran crisis institucional en el país vecino. Todo ello es vivido por los españoles como causa propia y se manifiesta en actos de solidaridad encabezados por los republicanos. Durante ese año se sucede una serie de mítines, homenajes, etc. en favor de la causa portuguesa pero como consecuencia también a favor de la causa republicana española que ve en el republicanismo portugués el espejo de lo que querría ser. Este Ultimatum, según Vázquez Cuesta (1974: 387), provocará una crisis de fe en el rumbo del país semejante a la que sufrirá en el 98 la generación española.

Estamos ante un grupo de intelectuales portugueses, la generación del 70 (Machado, 1986), desencantado de la sociedad portuguesa, a la que habían intentado hacer progresar en sus estructuras morales y políticas. He aquí un fragmento que muestra la crítica que años más tarde veremos reflejada en los autores españoles de la generación del 98:

A prática da vida tem por única direcção a conveniência. Não há princípio que não seja desmentido, nem instituição que não seja escarnecida. Ninguém se respeita. Não existe nenhuma solidariedade entre os cidadãos. Já se não crê na honestidade dos homens públicos. A classe média abate-se progressivamente na imbecilidade e na inércia. O povo está na miséria. Os serviços públicos vão aban-

donados a uma rotina dormente (Eça de Queirós, *Uma campanha alegre*; apud Ferreira, 1968, vol. II, LIII).

Por otro lado, a lo largo del siglo, como soporte de la ideología se van sucediendo las publicaciones, de corte peninsular, sobre todo editadas en Portugal, aunque con escaso éxito (Mayone, 1996, 778 y Molina, 1990).

2.1. Antero de Quental

Antero de Quental, motor de un grupo de jóvenes intelectuales, fue uno de los espíritus lusitanos que defendió con más calor el pensamiento de la fusión iberista, no tanto por su deseo de unión peninsular, cuanto por desmarcarse de la influencia inglesa. Para Antero el iberismo era la única fórmula capaz de sacar a su patria del marasmo, bajo el lema de la federalización ibérica. Así lo muestra en sus escritos *Portugal perante a Revolução de Espanha* de 1868 o su famosa conferencia "Causas da decadência dos povos peninsulares nos últimos três séculos" pronunciada en 1871.

2.2. Oliveira Martins

Otro iberista de renombre, con un juicio serio y certero, es el historiador Oliveira Martins. A él se debe el punto de partida teórico para cualquier tentativa de fusión peninsular posterior. Para el autor de *História da civilização Ibérica* (1879), donde resume su sentido del iberismo, el nombre de *Espanña* acoge todo el complejo geográfico e histórico de la Península. "Ibérico", "peninsular" y "español" son vocablos sinónimos: pues no existe, llega a decir en su *História de Portugal*, en realidad una civilización portuguesa, ni una española, sino una civilización peninsular:

À vossa união, povos de Ibéria, como à união de todas as grandes famílias europeias, sucederá a união universal das nações num pacto supremo e sublime (Fébus Moniz, II, apud Vázquez Cuesta (1992: 28).

Después del impacto del Ultimatum escribe el historiador:

É para Espanha que havemos de voltar-nos. É com ela que devemos outra vez aliar as forças no propósito duma defesa comum porque só com ela temos identidade de interesses, relações progressivamente mais entranhadas, afinidades de tradições, comunidade de alma e irmandade de história (idem, 50).

Pero Oliveira Martins no es un ideólogo cegado por lo peninsular, en un artículo publicado en *O Tempo* reconocía que el sentimiento en el que se basa la vida política de los pueblos es sin duda ninguna el de la autonomía por eso el iberismo ofende al pueblo portugués. Porque el iberismo cerraba las puertas a cualquier otro tipo de aproximación entre los pueblos, cualquier otro viento de procedencia hispana. Como, desde su punto de vista, era imposible la compenetración política y administrativa peninsular, Oliveira Martins, propone la liga ibérica o hispánica de todos los pueblos que hablan castellano y portugués:

A ambição por ventura quimérica, do meu espirito é a liga de todos os povos que falam castelhano e português: a liga ibérica, ou hispânica, de todos os descendentes das nossas duas nações (idem, 55).

No hay que pensar, sigue el autor, pues, en la federación. Siempre habrá gentes de izquierdas y de derechas impidiendo la acción en este sentido, la fórmula ideal única de unir a los dos pueblos es volver a la política de cooperación:

união de pensamento e acção, independência de governo: eis a nosso ver, a fórmula actual, sensata e prática do iberismo (apud Vázquez Cuesta (1992: 58).

Sin embargo su iberismo da un paso más y no se queda anclado en la Península Ibérica sino que se extiende también a las colonias americanas:

Porque só aliados os dois povos peninsulares a Espanha e Portugal podem contar nos conselhos europeos como uma grande potência capaz de infundir respeito ou medo, protegendo assim o grande império colonial latino, isto é, luso-hispânico, espalhado por todos os continentes e mundo (idem, 52).

3. EL IBERISMO EN ESPAÑA

En España el tema del iberismo nunca ha tenido la relevancia que se le ha dado en Portugal ni se ha planteado con la profundidad que lo hicieron los pensadores portugueses. De todas formas existen contemporáneos a los iberistas mencionados, anteriores a la generación del 98, como Clarín, Menéndez y Pelayo, y Juan Valera (discípulo de Oliveira Martins). Además la implantación de un sistema republicano en Portugal en 1910 no afectó a la aceptación de los ideales iberistas por parte de España, pues ésta continuó regida por una monarquía conservadora durante toda la segunda década de este siglo, lo que mantuvo la animosidad entre ambos gobiernos (Mayone, 1996, 776).

3.1. Juan Valera

Juan Valera ya había divulgado, en 1861, su pensamiento iberista en el libro *España y Portugal* y a lo largo de 7 ensayos. Para el autor la fusión ibérica es un sueño y como tal irrealizable:

Lo difícil, lo punto menos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable a la idea de la unión ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiración sublime, casi irrealizable, o realizable sólo en un remoto futuro, que un plan político, para cuya realización y cumplimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que a poca costa puede llevarse a cabo, con buena voluntad, audacia y fortuna (675-676).

Pues, dice el autor, estamos ante dos naciones que tienen un sentido patrio y una conciencia de su propio valor y, aunque tengan, en parte, una historia paralela, ello no impide que exista un sentir portugués y un sentir español. De manera que, continúa Valera, si algún día llegara a hacerse la fusión entre ambos países (fusión

que no impediría que consideráramos dos naciones diferentes) sería de forma general, mutua y espontánea. Para ello debemos dejar de menospreciarnos y zaherirnos y empezar a conocernos y amarnos. Y un poco más adelante insiste en la esperanza:

De todos modos la unidad ibérica, aunque difícilísima, aunque sólo sea un hermoso sueño en el día, no se puede afirmar que sea completamente imposible, ni menos que pudiera redundar en desdoro de una de las naciones, si éstas acertaran a unirse como Inglaterra y Escocia (677).

3.2. Menéndez y Pelayo

Menéndez y Pelayo, maestro de Unamuno y amigo de Valera, parte de una concepción iberista próxima a Oliveira Martins. Para él España es una y abarca toda la Península como se puede ver a lo largo de toda su obra; por ejemplo, cuando trata del dramaturgo Gil Vicente, lo coloca al lado de los autores españoles; o cuando menciona a los heterodoxos españoles incluye a los portugueses, sin más salvedad, que el lugar de nacimiento. Para él todo el complejo peninsular continuaba siendo España y todo continuaba obedeciendo a las mismas leyes de la civilización. Incluso si algún día llegaran a unirse no deberían adoptar el nombre desusado de "Iberia", sino el tradicional y venerado de España:

no hay historia de España sin Portugal, no será completa la historia de nuestra literatura que no abrace como parte integrante la portuguesa.

(Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, Madrid, 1941-1942)

La concepción del iberismo para Menéndez y Pelayo puede resumirse así: podrá existir separación política y nacional, pero jamás será ni espiritual ni literaria.

3.3. Ángel Ganivet

Como antecesor del movimiento del 98 destaca la tarea renovadora del autor del *Idearium*, Ángel Ganivet. Del fragmento que sigue se deduce que el iberismo es para él la unión de España y Portugal:

Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes, y si para la vida ideal no existen itsmos, para la vida histórica existen dos: los Pirineos y el Estrecho; somos una "casa con dos puertas" y, por tanto, "mala de guardar" (30-31)

y muestra su pesar por el hecho consumado:

Hace tiempo que a mí también me entristecía ver el mapa de nuestra península teñido de los colores distintos (85).

Porque habría graves problemas en la unión pero también en la federación:

Aunque la igualdad fuese absoluta, el más débil se creería humillado y, si faltaban motivos, buscaría pretextos para alimentar su suspicacia. De aquí la idea de algunos políticos de disolver la nación española, resucitar las antiguas regiones y fundar la unidad sobre algo parecido a una confederación (8).

Pero no está de acuerdo con este movimiento político:

porque la causa de la separación no está en estos accidentes, sino en algo más hondo y que no conviene ocultar: en la antipatía histórica entre Castilla y Portugal, nacida acaso de la semejanza, del estrecho parecido de sus caracteres. La única política sensata, pues, será aplicarnos a destruir esa mala inteligencia, a fundar la unidad intelectual y sentimental ibérica (97).

Acepta la separación como un hecho irreformable (87) pero no cesa en su empeño a pesar de las dificultades de la unión:

En cambio, si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos e infundir en ellos el culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran misión histórica y daríamos vida a una creación grande, original, nueva en los fastos políticos (121).

3.4. Miguel de Unamuno

De Miguel de Unamuno se puede decir que es el gran paladín del iberismo cultural en España. Él mantiene el gusto por las cosas portuguesas, hace viajes al otro país y frecuenta a escritores lusos, con los que mantiene abundante correspondencia.

La meditación sobre los problemas de la patria le conducen a la consideración de la cuestión ibérica. El iberismo de Unamuno es de amplias fronteras, parte de Menéndez y Pelayo, sigue a Oliveira Martins y se aproxima a Valera y a Maragall y no se detiene en los vecinos lusitanos sino que abarca también a los americanos. Sus ideas ganan en extensión, respecto a otros autores, pues incluye todo lo que abarca la palabra hispanidad: los pueblos peninsulares pero también los ultramarinos donde la acción de Portugal y España se hizo sentir. Es esta la concepción más pura del iberismo, la que hoy precisamente, defienden con más ahínco los mejores hombres de Portugal, de España y de Hispanoamérica. Esta su idea del iberismo respeta la peculiaridad política de cada pueblo, a todos los enlaza en un espíritu común que ha presidido el curso de la Historia y que se ha reflejado en nuestras creaciones artísticas. Sin embargo el federalismo a Unamuno no le parecía que reflejaba el verdadero sentimiento iberista. No pensaba el escritor que Portugal y España pudiesen realizar una labor conjunta bajo un régimen de gobierno federativo porque el federalismo puede conducir a la centralización y privar así la autonomía y las iniciativas particulares de cada país. Para el autor salmantino la autonomía es esencial para la supervivencia de la individualidad, de la libre iniciativa, de la libertad en general:

Un rey no basta para unir dos pueblos (OC., VI, 770)

Una monarquía, aunque sea federal, nada une; una república revolucionaria, por lógica crítica unitaria, es la que une (OC, VI, 770).

Pero desde una perspectiva espiritual España y Portugal representan para Unamuno, como para Menéndez y Pelayo, una unidad, por eso España y Portugal son dos piezas del mismo tablero de ajedrez. Esto no está en contradicción con la idea de libertad y de autonomía porque

se entienden mucho mejor las personas y los pueblos y están más cerca de llegar a un acuerdo cuando luchan leal y sinceramente entre sí (Ensayos, I, 739).

El iberismo para Unamuno, en palabras de García Mocejón (1971: 357), es la afirmación de una necesidad orgánica de comprensión mutua, fraternal, entre pueblos hermanos que han cobrado autonomía e independencia.

3.6. Valle-Inclán

Valle, otro miembro de la generación del 98, fue un destacado iberista y así nos lo muestran algunos testimonios. En una entrevista recogida por Dougherty (1983: 91) el entrevistador, D. Tejera, nos dice:

Don Ramón es partidario de la federación ibérica, y cree que más temprano que tarde esa unión se hará.

Y en otra realizada por C. Rivas Cherif, el interlocutor glosa las palabras del autor:

Para salvar a España no hay más que volver al concepto romano. La visión de los civilizadores romanos es la única que se ajusta todavía a la realidad de la Península. Cuatro grandes regiones: la Tarraconense, la Bética, la Lusitania y la Cantabria; no hay más. Cambie usted la sede capital de Tarragona a Barcelona, conserve usted a Sevilla y a Lisboa su supremacía secular y natural, confíérase a Bilbao de derecho la capitalidad que de hecho ostenta en el Norte, atribúyase a esas regiones, históricamente racionales, la autonomía necesaria, y entonces Madrid tendría el valor y la fuerza de un verdadero centro federal. Cataluña vería así cumplidas sus aspiraciones máximas, dentro de la gran Iberia; Portugal, acrecido en sus límites naturales con Galicia, aportaría a la federación la fuerza económica de su imperio colonial (...). Entonces, y sólo entonces, podría España a aspirar a restaurar su influencia moral en América (151-152).

3.7. El iberismo en Galicia

Según nos dice Vázquez Cuesta (1991a) en su artículo "Portugal e nós" :

[El] iberismo [es] compoñente fundamental do ideario galeguista case que dende a súa aparición. O que non ten nada de extraño xa que o sentimento provincialista galego aniñara inicialmente no seo do Progresismo, máis tarde no do Republica-nismo federal, e ámbolos partidos tiñan a Unión Ibérica como punto moi importante do seu programa (198).

Galicia sería, para los eruditos gallegos, como Pondal, Antón Villar Ponte, Xoán Vicente Viqueira, Castelao, y los miembros de las Irmandades da Fala, el puente de unión con Portugal.

Pero este puente de unión no borraba las diferencias específicas del pueblo gallego, el galleguismo, en palabras de Xosé M. Núñez Seixas (1992), eligió la afirmación nacional propia, alejándose de cualquier atisbo de reintegración. Incluso cuando se comenzó a constituir como lengua literaria no creó una normativa con la vista

puesta en el modelo lusitano, sino en las propias variedades locales de Galicia. Ello no quiere decir que no hubiese iberistas como Madariaga demuestra en su ensayo *España* o como Castelao.

3.8. El iberismo en Cataluña

En Cataluña, el tema iberista se ha encarado desde una perspectiva peninsular, encabezada por Sinibaldo de Más. Citamos sobre todo a uno de los más exaltados iberistas españoles de todos los tiempos: Maragall. Él se convirtió, según Cucurull (1967) en un entusiasta de la confederación peninsular en la que participarían:

Castellans, portugueses, catalans, bascos, tots lliures i tots uns (OC, vol. II, 751).

Sin embargo para García Morejón (1971), tal vez el más entusiasta teórico del federalismo haya sido Pi i Margall, sin olvidar a otro federalista lusófilo, Ribera i Rovira, que tenía estrechas relaciones con el grupo de Guerra Junqueiro, Teixeira de Pascoaes, etc., tanto que editaría su libro en Tomar, en 1901, *Mos tres amors* (primer libro catalán publicado en Portugal) (Cucurull, 1967, 74).

El federalismo era defendido en Cataluña dentro de una particular concepción del iberismo "trinacional" que había acuñado Maragall, gran amigo de Unamuno. En este sentido el movimiento proponía tres frentes: Castilla, Portugal y Galicia y Cataluña.

Mientras que la federación no llegaba Maragall proponía:

Mentre això no és encara una realitat, i a fi que ho sigui, convé, doncs, que les tres nacions hispanes es coneguin i es tractin íntimament (...) (apud, Cucurull, 1967, 38).

Afirmaba Juan Maragall:

Hay una patria común, una España grande por hacer. Y en esa España entran también ustedes [los portugueses]. Vamos a hacerla; a alumbrarla; vayamos a una política común; a una política ibérica; a una patria mayor (apud, Rafael Manzano (1954), "El pensamiento español de Juan Maragall", Índice de Artes y Letras, 120, 23)".

4. EL IBERISMO HOY DÍA

Para hablar del iberismo hoy día, del mismo modo que para hablar de iberismo en el pasado, es preciso hacer matizaciones. Bajo esta denominación se agrupa una serie de conceptos que va desde el mero deseo de intercambios culturales, personales, a la propuesta de unificación y federación de la Península Ibérica. Creo que en el momento político europeo en que nos encontramos, después de la creación y puesta en marcha de la Unión Europea, muchos de los miedos y recelos de tipo anexionista que haya podido tener alguna vez Portugal se han visto claramente disminuidos. Nos quedamos, por tanto, desde mi punto de vista, entregados a un estrechamiento de lazos, a un intercambio de experiencias, orientados a formar un bloque ibérico común frente a

los grupos fuertes de presión que existen en Bruselas. Como dice Rocamora (1989) el iberismo desde 1936 aparece esporádicamente y sin fuerza.

4.1. El iberismo en España

Se puede hablar del iberismo en la España actual en el sentido de intercomunicación peninsular, de ansias de comprender al vecino, no con ningún afán político o administrativo. Se pueden incluir como iberistas (aunque tal vez ninguno de ellos haya elaborado un pensamiento propio sobre qué se debe entender por iberismo), a españoles de la talla de Pilar Vázquez Cuesta, a los ya fallecidos Ángel Crespo o Torrente Ballester, a César Antonio Molina y a algunos esclarecidos intelectuales españoles que comprenden que no podemos avanzar en las cosas españolas si descuidamos las portuguesas.

4.2. El iberismo en Portugal

El iberismo en Portugal aunque quizá no despierte la polémica de antaño, sigue despertando pasiones. Cuando hace unos pocos años el Semanario portugués *Expresso* publicó una encuesta, realizada en la raya de Portugal, en la que se preguntaba a los habitantes de la zona su elección de nacionalidad, y éstos se mostraron en gran número partidarios de la nacionalidad española, surgió de nuevo, por parte de los poderes fácticos, el susto de la pérdida de la independencia. Hoy, por la pertenencia de ambos países a la Unión Europea, los problemas se van circunscribiendo a temas específicos, sobre todo de carácter comercial. Iberistas en el sentido amplio de la palabra podemos considerar a filósofos como Eduardo Lourenço; a escritores desaparecidos como Miguel Torga o Natália Correia; a José Saramago, sin olvidar a Fernando Pessoa; y a estudiosos de las literaturas peninsulares como las filólogas Maria de Lourdes Belchior o Maria Idalina Resina Rodrigues.

4.2.1. Miguel Torga

Este escritor portugués, uno de los grandes creadores del mundo lusófono, en sus libros *Poemas ibéricos*, en sus *Diários*, en *A criação do mundo*, reflejó su sentir sobre varios temas, entre ellos, el del iberismo. En una entrevista concedida a César Antonio Molina (1990: 190 y ss.) a la pregunta “Qué entiende usted por iberismo”, contesta:

Yo considero que los pueblos ibéricos son naciones (...). La península funciona para mí como un continente (...). Por supuesto están todos ligados por lazos históricos, culturales, pero tienen una personalidad específica (190).

Más adelante considera que el iberismo es un problema sin solución a menos que Castilla olvide su espíritu centripeto y de que se convenza de que:

Nosotros formamos una unidad geográfica, que podemos ser una gran fuerza juntos pero cada uno dentro de su propia casa (190-191).

4.2.2. José Saramago

Para el premio Nobel de Literatura, José Saramago, el iberismo en su sentido tradicional está muerto:

Tenemos que inventar un iberismo nuevo (Molina, 1990, 267).

Como el antiguo iberismo no sirve:

Tenemos que ver de qué modo podemos crear ahora las nuevas condiciones de la integración de la Península Ibérica, de Portugal y España dentro del Mercado Común (...). Nuestra relación con España debe ser (...) desarrollada multilateralmente (...); es decir, nosotros los portugueses y cada una de las nacionalidades de España (idem, 268).

Pero dentro del encuadramiento en la Unión Europea, estas relaciones intrapeninsulares no pueden ser más que a nivel cultural, evidentemente si dejamos un lado la integración económica europea impuesta desde arriba. Ello no quiere decir que no llegue el día en que España se transforme en una federación y que se creen vínculos diferentes entre España y Portugal, por un lado, y entre Portugal y cada una de las nacionalidades, por otro. Sería un reagrupar diferente del espacio ibérico donde tal vez, por qué no, Portugal tuviese un papel más preponderante que el actual.

Saramago en la "Introducción" al libro de Molina, *Sobre el iberismo* (1990: 5-9) intenta zanjar cualquier duda sobre esta cuestión. El escritor parte del deseo de diálogo entre los dos estados, condicionado y sometido a:

Un encuentro continuo entre todas las nacionalidades de la Península, basado en la búsqueda de la armonización de los intereses, en el fenómeno de los intercambios culturales, en fin, en la intensificación del conocimiento (7).

Pero como ese diálogo supraestatal es hoy por hoy imposible, vuelve sus ojos a América Latina y propone el trans-iberismo, es decir, da un paso más al frente, hacia fuera de las fronteras peninsulares y tiende un puente hacia Iberoamérica. Pensamiento que como hemos visto ya preconizaba, entre otros, Oliveira Martins:

Los pueblos ibéricos llevaron cuanto entonces poseía espiritualmente bueno y malo y (..) es ese rostro, así lo creo, la mayor justificación de su lugar en el mundo (9).

4.2.3. Eduardo Lourenço

Eduardo Lourenço es uno de los grandes pensadores actuales del mundo portugués; a través de sus ensayos ha tratado de dilucidar el perfil de la nación portuguesa respecto a sí misma y respecto a los otros, por tanto también respecto a España. Para este intelectual en su artículo "A Espanha e nós" (1990) Portugal y España siempre ha tenido los destinos:

paralelos o cruzados, nunca opuestos enquanto "culturas", pois, (...), fazemos parte de uma única estrutura, criada séculos antes que os povos que constituem a Península se definissem como nação (82).

Ello no quiere decir que estemos ante un iberismo:

Não há nada que justifique a evocação do fantasma “iberista” do século XIX (...). No espaço europeu onde sempre estivemos, como a Espanha, (...) tocaremos também a nossa partitura, mas é puro delírio imaginar que contará com a mesma audiência, a mesma presença ofuscante que a cultura espanhola (82).

Más adelante Eduardo Lourenço propone una solución para la convivencia de los dos países:

O melhor que nos pode acontecer é ver nela [na cultura vizinha] um estímulo para elevar esse diálogo a uma espécie de “habitus” interpeninsular, como se fôssemos tábuas de um imenso painel (...). Em vez de espaço de repulsa, a Espanha, esta nova e dinâmica Espanha, deve ser para nós um espaço privilegiado, “naturalmente apto e aberto”.

Y termina con un simil. Así como Magalhães fue el primero en saber

que a terra era redonda. Que o começo e o fim da nossa viagem peninsular coincidiam e o mundo era um só. Já e tempo de o reconhecer e proceder em tudo como se o soubéssemos. Que mais ecuménica e fraterna revelação! (85).

A lo largo de estas páginas hemos visto, de 98 a 98, una serie de personalidades que han intentado un acercamiento entre personas, una comunicación intercultural y una mejora, en consecuencia, del conocimiento mutuo, no carente de incomprensión por ambos países, en las comunidades portuguesas, gallegas, catalanas, vascas y castellanas. Sin embargo, cuando estudiamos la literatura o la cultura peninsulares no podemos dejar de lado aspectos que, aunque puedan parecer ajenos a nuestro objeto de análisis, son necesarios. Sin ellos, sin estas claves, no entenderíamos, por ejemplo, el libro de José Saramago, *A jangada de pedra*, obra en la que la Península Ibérica, separada del resto de Europa, navega a la deriva en un juego de claras connotaciones iberistas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CUCURULL, F. (1976), *Dos pobles ibèrics (Portugal i Catalunya)*, Barcelona, Selecta.
- DOUGHERTY, D. (1983): *Un Valle Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*, Madrid, Fundamentos.
- FERREIRA, A. (1966, 1968): *Bom senso e bom gosto. A questão coimbrã*, Lisboa, Portugalia, 2 vols.
- GANIVET, A. (1964): *Idearium español*, Madrid, Aguilar.
- GARCÍA MOREJÓN, J. (1971): “Iberismo unamuniano”, *Unamuno y Portugal*, Madrid, Gredos, 328-368.
- JIMÉNEZ REDONDO, J. C. (1993): “La pervivencia del recelo antiespañol: La reacción portuguesa a la política española hacia Iberoamérica”, en DE LA TORRE, H. (coord.): *Portugal, España y América. Pasado y presente de un proyecto (S. XIX-XX)*, Mérida, UNED, 255-277.

- LÓPEZ-CORDÓN, M.-V. (1975): *El pensamiento político-internacional del federalismo español*, Barcelona, Planeta.
- LOURENÇO, E. (1988): "A Espanha e nós", *Ler*, 1; reed. (1990) en *Nós e a Europa ou as duas razões*, Lisboa, IN-CM, 79-85
- MACHADO, A. M. (1986³): *A geração de 70: uma revolução cultural e literária*, Lisboa, INIC.
- MARCO DE DIOS, A. (1985): *Escritos de Unamuno sobre Portugal*, París, Fundación Calouste Gulbenkan.
- MARQUES, A. H. de Oliveira (1986³): *História de Portugal*, vol. III, Lisboa, Palas Editores.
- MASCARENHAS, M. (1980): *A questão ibérica (1850-1870)*, Braga, Separata de *Bracara-Augusta*.
- MAYONE DIAS, E. (1996): "Iberismo político e iberismo cultural (Relações entre Portugal e Espanha desde a segunda metade do século XIX)", *Homenaxe á profesora Pilar Vázquez Cuesta*, Lorenzo, R. y Álvarez, R. (coords.), Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 773-782.
- MOLINA, C. A. (1990): *Sobre el iberismo y otros escritos de literatura portuguesa*, Madrid, Akal.
- (1998): "La Madre Iberia", *Babelia. El País*, 16 de mayo 1998, 12-13.
- NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (1992): "Portugal e o galeguismo ata 1936. Algunhas consideracións históricas", *Grial*, 113, 61-77.
- ROCAMORA, P. (1989): "Un nacionalismo fracasado, el iberismo", *Espacio, tiempo y forma*, Serie V, 29-56.
- SERRÃO, J. (ed.) (1968): *Dicionário de História de Portugal*, 4 vols., Lisboa, Iniciativas Editoriais.
- UNAMUNO, M. (1950-1951): *Obras completas*, Madrid, Afrodísio Aguado.
- VALERA, J. (1861-62): "España y Portugal", *Obras completas*, III, Madrid, Aguilar, 675-695.
- VÁZQUEZ CUESTA, P. (1974): "Curros, os escritores portugueses e o Ultimatum", *Grial*, 46, 385-408.
- (1975): *A Espanha ante o "ultimatum"*, Lisboa, Livros Horizonte.
- (1991a): "Portugal e nós", *A trabe de ouro*, 2, 191-203.
- (1991b): "A pantasma do iberismo no Portugal do século XIX", *Homenaxe ó profesor Constantino García*, Brea, M. y Fernández Rei, F. (coords.): Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, vol. II, 619-629.
- (1992): "O amor sen acougo de Oliveira Martins a Espanha", *Grial*, 113, 20-60.